

Gregorio Medina

Ilustraciones: Javier del Barrio

*Los pájaros
que
nadie podía
ver*



*...vienen y se van. Los días se parecen a ellos:
igual tristeza cuando pasan, la misma
oscuridad, igual silencio.*

G.M.V.

Los habitantes de unas islas muy lejanas, cuentan que Waypu era mitad hombre y mitad pájaro. Que había nacido hace mucho tiempo con alas y plumas. A su madre, aquello le pareció tan raro que lo depositó en una barca y lo empujó hacia el mar.

Narran que un día una ola gigante lo arrastró hasta la playa y que había perdido todo su aspecto de pájaro. Que había crecido y que parecía un hombre normal. Sin embargo, también cuentan que no lo era del todo. Dicen que su cabeza estaba tan llena de magia que podía cambiar el curso de un río, desplazar árboles y piedras o hacer enfadar al mismísimo Neptuno, dios del mar... y todos se preguntaban cual sería su próxima travesura.

Cuentan que fue él quien levantó el cielo para que los hombres pudieran estar de pie. Después atrapó al sol con un lazo, obligándole a moverse más despacio por el cielo, para que los campesinos tuvieran tiempo para plantar y recoger sus frutos. Antes de que Prometeo trajera el fuego a la tierra, dicen que prendió fuego a muchas de las cosas malas que había por el mundo. Pero, a continuación, provocó una gran lluvia para que limpiara la tierra y pudiera continuar la vida.



En la isla donde nació Waypu, en la que vivía con su madre y sus tres hermanos, se oían cantos de pájaros y el batir de sus alas. Pero nadie los podía ver, excepto Waypu.

Un día, uno de sus hermanos preguntó:

- Madre, ¿Quién canta y silba cuando sale el sol?

- ¿Quién abanica el aire? Preguntó el segundo.

- ¿Y quién nos roza las mejillas cuando jugamos en el bosque o en la playa? Preguntó el tercero.

- Quizá los dioses están contentos con mis hijos, y por esto dejan oír esos ruidos que tanto os gustan y os acarician.

Waypu hizo una mueca ante las palabras de su madre, pero no dijo nada.

Una mañana, nada más salir el sol, Waypu decidió adentrarse en el bosque. No tardó mucho en llegar a un claro en el que, aunque reinaba un gran silencio, creyó percibir algo. En ese momento dio unas palmadas, y al instante surgieron cientos de pájaros de diferentes colores que Waypu contemplaba con admiración.



De todas las personas de la isla, Waypu era el único que podía ver y entenderse con los pájaros

Un día de tormenta en el mar, los vientos empujaron una canoa hasta la costa. Venía de tierras lejanas. En ella iba un hombre que nada más pisar tierra empezó a despreciar la isla y a sus habitantes, sus vestidos y sus casas. También despreciaba su comida.



- ¡Qué desgraciado he sido al verme obligado a desembarcar en esta isla miserable! se lamentaba. En mi país, la tierra es verde y el cielo más azul.

Hablaba y hablaba de las maravillas de su país. Con ello, lograba que los habitantes de la isla se avergonzaran. Estos, creían no tener cosas que

enseñarle y que le gustaran para que pudiera sentirse orgulloso en esa tierra.

Antes de hacerse de nuevo a la mar, y mientras reparan la barca, el extranjero decide adentrarse en la isla. Para ello, busca quien le acompañe y le guíe por algunos lugares de la misma.

Recorre zonas de bosque con abundante caza, y saltos de agua que se precipitan desde cientos de metros, para conducirse por cristalinos ríos con nutrida fauna piscícola, antes de llegar al mar.

Observa también por el camino, la gran diversidad de plantas y frutos que adornan la isla. Sin embargo, nada de todo aquello le hace cambiar de idea.

Waypu escuchaba a aquel hombre y sus quejas, hasta que un día ya no pudo aguantar más. Salió corriendo hacia el bosque y llamó a los pájaros.

- ¡Amigos míos, necesito vuestra ayuda!

- Haremos lo que nos digas, dijeron los pájaros.

- Entonces, seguidme, dijo Waypu. Cuando dé una palmada cantad como no lo habéis hecho nunca.

Los pájaros desplegaron sus alas y volando siguieron Waypu hasta el lugar donde la gente escuchaba al recién llegado. Waypu dio una palmada que produjo un estrépito parecido al del trueno. Al momento, los pájaros empezaron a cantar. Fue tan inesperado y emocionante que, por primera vez desde su llegada, el extranjero calló. Todos se mostraban sorprendidos. Nunca habían oído antes tales melodías.

Cuando los pájaros callaron, el extranjero dijo:

- No veo por aquí nada que pueda causar tales sonidos. He viajado por muchos países, pero nunca había escuchado nada que pueda compararse con lo que acabo de oír. ¡Qué orgulloso estaría si pudiera decir que estos sonidos se oyen también en mi país! ¿De dónde viene esta música tan maravillosa?

Antes de que nadie pudiera contestar, Waypu saltó al centro de la reunión. Estaba decidido a que nadie se avergonzara de su propia tierra. Elevó sus manos al cielo y con voz alta y clara, que resonó con el eco, recitó unas palabras que solo los pájaros podían entender.



En ese momento, la gente vio a su alrededor unas criaturas con plumas que volaban y daban vueltas y hacían piruetas sobre sus cabezas. Al cabo de un rato, miraban cómo se posaban en las ramas de los árboles y en los techos de paja de las casas.

Eran pájaros de colores tan brillantes como pequeños soles. Nadie había contemplado antes aquellos colores: pájaros rojos, amarillos, verdes,

azules y pájaros de color púrpura. Acudieron todos los pájaros que había en la isla. Lanzaban sus cantos mientras volaban, llenando así el aire de música y color.

Todos miraban a los pájaros. Después se fijaron en Waypu. Ahora ya sabían que era algo más que un muchacho a quien le gustaba hacer trucos. Había en él algo especial. Musitaban: "Si esto lo hace ahora, ¿Qué no hará cuando sea mayor?"

Desde entonces, cuando cantan al amanecer, la isla queda en silencio. Las demás aves, animales y hasta el río dejan de sonar para poder disfrutar de la magia de sus cantos.

Dicen que escuchar sus cantos trae suerte, e incluso hay quien busca sus plumas como fetiche de prosperidad.

A los que más les alcanza la memoria, cuentan que la magia de Waypu les dio la gran respuesta.